

¿HEMOS DE DESESPERAR?

Arquitecto: Albert Laprade

“Jóvenes...: tenéis que fortalecer vuestros espíritus y para ello no basta con instruirse.”

PAUL VALÉRY.

El magnífico artículo de Albert Laprade publicado en el Boletín de los arquitectos franceses, “S.A.D.G.”, es como una escalera sin descansillos, que lleva al lector, de un tirón, desde el punto de partida—las disensiones entre los arquitectos franceses—al de llegada: la necesidad angustiosa de resolver el problema de la vivienda. Extremos tan diferentes se encadenan lógicamente, como es de esperar, en un autor francés, mediante un desarrollo al mod escolástico en que no falta ningún peldaño intermedio. Pero al comentar el extraordinario número de ideas que contiene, surge la necesidad de formar grupos con éstas, o sea de dividir en tramos la escalera.

De este modo, puede dividirse el artículo en cuatro partes. En la primera se trata—ya se ha indicado—de las luchas intestinas entre los arquitectos franceses. No creo que los arquitectos españoles hayamos caído en tales extremos, aunque de cuando en cuando aparecen indicios de que el deseo de algunos es alcanzar, y aun superar, a los franceses en este punto. Es de esperar que la autoridad moral de los Colegios de Arquitectos y su ya larga experiencia sirvan para hacer ver a todos lo que de suicidio tienen dentro estos indicios. Tampoco parecen de actualidad entre nosotros, arquitectos, esos negocios a estilo de Teresa Humbert o de Law a que se refiere Albert Laprade.

En la segunda parte se trata de la cohesión hacia esos “Cuerpos” monolíticos, cuya cohesión atribuye a los exámenes a que sus miembros son sometidos, exámenes “a base de mate-

máticas y de razonamiento, lo que forma el espíritu para la precisión”. Se refiere, especialmente, a los ingenieros. Pero entre nosotros, esos exámenes los tenemos los arquitectos desde hace un siglo, y quizá de aquí se derive el que tengamos cierta aptitud para la cohesión, aunque por nuestra otra mitad, de artistas, seamos propensos a la anarquía. Los ejemplos, que cita el artículo de Laprade, de solidaridad entre ingenieros, son una admisible enseñanza para nosotros.

La tercera parte es política. Trata de la amenaza tecnocrática, el gran peligro contra el espíritu, contra la libertad humana, contra el hombre, en fin. Quizá nosotros los españoles no estemos tan adelantados como para sentir la tecnocracia como una amenaza. Más bien estamos necesitados, todavía, de más tecnocracia de la que tenemos. También aquí se trata de la Prensa, favorable, al parecer, para los arquitectos franceses tanto como aquí lo es para nosotros. Después viene una certera observación: “La masa necesita estar distraída, porque sin ello se aburre y quiere romperlo todo.” Y en ello ve el motor de la imaginación de los arquitectos.

Estas dos partes, segunda y tercera, plantean muchos problemas. Sería deseable que no quedasen olvidados y que suscitasen la discusión que merecen. Porque el final, la cuarta parte de nuestra ordenación, referente al problema de la vivienda, ya es tema corriente de nuestras preocupaciones, si bien a éstas puede añadir otras.

L. M.

Vivimos una época íntegramente dirigida hacia la paz. Todos nosotros proclamamos este hecho. Pero la realidad es que, en los cielos, por toda la faz de la tierra y en las aguas, los buitres, los tigres, los chacales y los tiburones parecen ser los verdaderos amos del cotarro. La voracidad se ha sustituido en los hombres por el histerismo y la envidia. Hablad con un político; excepción hecha de sí mismo, todos los demás son meros facinerosos. Hablad con un taxista; todo va desquiciado, los demás conductores son un desastre, sobre todo las mujeres, que constituyen un auténtico peligro público, etc... Los gobernantes son unos “corrompidos”.

En el ámbito de la arquitectura las cosas no mar-

chan mejor. Las gentes de la Construcción dan la sensación de ser una multitud de equipos jugando simultáneamente en un mismo campo de fútbol, con diez capitanes, una infinidad de delanteros, medios y porteros, todos removiéndose, cargando unos contra otros y escapando, sacudiendo a diestro y siniestro, “trabajándose” las tibias y los hígados; empleando toda clase de golpes bajos con un entusiasmo, una brutalidad y un salvajismo dignos de mejor causa.

Entre tanto, otros equipos silenciosos, tales como los de los inspectores de Hacienda, los ingenieros de Caminos, los altos funcionarios contemplan el partido, anotan los tantos y se hacen los amos del terreno en el que yacen los lesionados, los cuales reciben de sus

propios compañeros, según los casos, diversos tratamientos. A saber: carcas, arrivistas, fantasiosos, sinvergüenzas, intrigantes o cretinos. Así que todo el mundo sale perdiendo. ¡Estupendo resultado!

En esta batalla cotidiana, ¿cómo reaccionar ante el horrible “becerro de oro” siempre presente? ¿Cómo encontrar la paz tan ardientemente deseada por la masa de la gente sencilla, pero que los exaltados rechazan a toda costa? Jamás se ha visto otra época igual.

También hay muchos que sueñan, cada uno según sus instintos, bien con un incorruptible que cortara cabezas a montones, bien con una buena bestia provista de buen garrote, o bien con un príncipe encantador que arrastrara tras de sí a todos los corazones.

Pero esto en nada alteraría la faz del mundo. En la actualidad, unos sienten aversión por aquellos que acaparan numerosos puestos y éstos, a su vez, no la sienten menor hacia los virtuosos, que pronto se ven tachados de pobres inocentes que no comprenden nada de nada.

Alguno gusta mucho de brillar en los congresos partiendo de la base de que él es el único hombre, honrado, inteligente, de clase superior, conocedor de todo—al arte, la técnica y el mundo—y que incluso tiene ya su sitio preparado en el cielo a causa de la limpieza de su alma (a no ser que el hombre lo tenga en los infiernos por sus maldades). Tal otro proclama de continuo sus profecías en el terreno doctrinal. Uno, “aficionado al pasado hasta la médula”, campeón del regionalismo y del folklorismo, será la cabeza del turco del “modernista futurista”, que le citará siempre que se refiere a él como el tonto del pueblo. Y en cambio el modernista que haya alcanzado cierto renombre será catalogado por el folklorista como “bolchevique” peligroso. Y, como la profesión se ve desbordada por los flancos, por un atajo de entrometidos que no reconocen ninguna ley, auténticos comediantes del arte y buenos especialistas en payasadas, resulta un abigarrado conjunto poco corriente. Un arquitecto serio, normal, competente, equilibrado y consciente es ya una figura de otros tiempos. Ha dejado de interesar a los clientes de hoy, es decir, a las colectividades de todo tipo que andan a la busca de un cordero con cinco patas—léase arquitecto—que llame la atención, que destaque por sus ideas graciosas, que sea de aquellos que saben nadar y guardar la ropa, y también hábil en el arte de las peroratas más explosivas, las que tanto éxito tienen entre los “científicos” embriagados de poder, poseídos de su inteligencia y que carecen de tiempo y temperamento para “hablar al sentimiento”. En definitiva, este mundo colocado bajo el signo de

la rapidez y de la eficacia, ha llegado a constituir algo extremadamente singular.

Se concibe, pues, que el hombre que posee todas las virtudes citadas en el Evangelio, es decir, bondad, sabiduría, justicia, honradez, se sienta perdido en este mundo moderno, continuamente en vías de americanización en el sentido más despectivo de la palabra.

Raymond Aron, que conoce a fondo estos fenómenos, nos dice, no obstante, que hay que “aceptar el mundo”, este mundo tal como se forja en los Estados Unidos. Sí, quizá convenga en lo que a la política económica se refiera, pero en lo tocante al comportamiento del individuo ¿es ese un verdadero camino? La estructura social francesa, el modo de vivir francés, el ideal francés, ¿no son superiores? ¿Hemos de colocarnos al remolque de una civilización sin alma? El arquitecto, particularmente, ¿no tiene una hermosa misión que cumplir en nuestra época, que es, ciertamente, la de abrirse a un creciente número de ideas manteniendo siempre un criterio razonable?

Es cierto que Renan dijo un día: “Todo es fértil, salvo el sentido común.” Queriendo significar que una época carente de sentido común, pero llena de vida, orgullosa, amoral, falta de base y fundamento puede traer una innovación de contrastes beneficiosos y sorprendentes. Puede que sea eso lo que se esté fraguando ante nuestros atónitos ojos y la evolución sea un buen día mucho mayor en el plano moral que en el material. Pero aún no hemos penetrado en lo más recóndito de la ignomía en la carrera por el dinero y en el escándalo a grandes titulares. En un momento febril se soñaría con ser un aventurero “excepcional” y fundar algo así como el O.P.A.P. (Omnium pro saneamiento de París) o el O.P.R.P. (Omnium pro reconstrucción de París.)

En este caso nos haría falta otra Thérèse Humbert para presidir estas vastas sociedades con sus consejos, que se nutrirían de las personas más en boga en las actividades más diversas, con diez comisiones de cincuenta miembros, a cual más eminente, ante la perspectiva de obras fantásticas a realizar en terrenos fantásticos, y por medio de créditos obtenidos, no se sabe muy bien, ni de dónde ni de qué manera. Todo esto confiado al apoyo de la magia y a lo que augurasen los posos del café.

Sería una de aquellas estupendas comedias, estilo Law, cuya manera de hacer fué famosa y resulta válida aun para nuestros días. ¡Qué novela, qué comedia o qué película podría presentarnos un Balzac contemporáneo!

¿Cómo abundarían los fastuosos banquetes de negocios, las monterías—auténticas bufonadas—en las que los más cínicos cuchicheos alternarían con des-

lumbradoras tiradas dedicadas especialmente a la galería! Sería un compendio de todas las groserías y de todas las intrigas, constituido por una considerable comparsa con abrigos de pieles, collares de perlas y broches de diamantes, todo ello en un ambiente de jolgorio general, financiado por los falsamente llamados "intereses económicos, comerciales o industriales".

En los Estados Unidos existe ya una fuerte corriente contraria a los métodos de Tammany-Hall. En Francia veremos tal vez algún día cómo algunos audaces se dirigen directamente a la masa de los verdaderos trabajadores para decirles las verdades que nadie se atrevió a decir nunca.

En contraposición al desorden, que para algunos, reina en el ámbito de los arquitectos, se siente plena admiración y envidia por algunos "Cuerpos" verdaderamente monolíticos. El torrente de exámenes a que han sido sometidos sus miembros tiene como base fundamental las Matemáticas y el razonamiento lógico, lo cual contribuye a la formación del espíritu en la precisión. Una vez obtenido el título, ya no se pacta con nadie. No se mezclan las servilletas con los trapos de cocina.

Entre nosotros, artistas y técnicos, no hay más que individualidades y ninguno es capaz de definir su propia postura. Ya nadie se pone de acuerdo con respecto al Arte. Los descubrimientos modernos van a parar en seguida a determinadas fórmulas, con las cuales, cualquiera que sea un poco astuto, puede dar el pego. En cuanto a la Técnica, ya nadie sabe ni dónde comienza ni dónde termina. El albañil que a los dieciocho años coloca dos ladrillos, uno encima del otro, es ya un "técnico", posee un diploma (el C.A.P.). Mañana puede abrir un B. E. (Oficina técnica). La confusión se ha adueñado de la situación. Un diseñador de telas, un escapatista, un relojero, pueden hacer de este modo las veces de un arquitecto sin poseer título alguno. Esto sobrepasa ya los límites de lo absurdo.

¡Qué contraste, repitámoslo, con la postura digna que nos ofrece el Cuerpo de Ingenieros! Al día siguiente de la catástrofe de Fréjus, el gran ingeniero Coyne, a quien los periódicos llamaron "el arquitecto del dique", después de una noche angustiosa, respondió al ser entrevistado por teléfono por los periodistas: "Me hago responsable de los obreros, del contratista y del director de la obra. Estoy comprobando mis cálculos." En medio de este inmenso drama, surgía nuevamente el matiz característico de una tragedia de Sófocles, donde el Destino hace sucumbir al mejor. Es muy hermoso observar cómo uno de los más grandes y más competentes ingenieros de nuestros días descarga sobre sí toda la responsabilidad.

Y, sin embargo, hay división de opiniones en el ámbito de los ingenieros. He oído a uno de los más ilustres de nuestro tiempo hablar de otro no menos eminente como de un loco peligroso a quien habría de encerrarse cuanto antes. Ese loco era autor de una proeza temeraria de las que llenan de asombro a las multitudes, a las mismas que hubieran podido ser las víctimas. Pero por ahora aquello se mantiene en pie ¡*Deo gratias!* Sin embargo, estas controversias entre ingenieros no trascienden del círculo de los iniciados. Al igual que los cirujanos practican entre sí juego limpio. No se ocultan sus fracasos. Las revistas técnicas de Puentes y Carreteras publican a veces artículos y fotografías que hacen temblar. A un arquitecto en semejante lance no le cabría más posibilidad que la de elegir entre la cadena perpetua y el suicidio. Y el trance más doloroso lo constituiría para él, sin duda alguna, la carcajada sádica de ciertos "colegas" encantador de verle pagar los vidrios rotos. "Eso le servirá de enseñanza", comentará alguno de sus feroces "compañeros".

Tales consideraciones pueden parecer fuera de lugar. Sin embargo, en nuestra profesión hay una necesidad urgente de saneamiento y de unión. Cuántas veces un ministro favorable a nuestra causa me ha dicho: "¿Cuándo llegarán los arquitectos a ponerse de acuerdo?" La situación a la que hemos llegado está clara. Se comprende que los dirigentes tengan el deseo legítimo de obtener en todo los mejores resultados. Pero nuestra corporación se ha mostrado siempre hostil a las jerarquías por sabiduría. Al designar a un cirujano o a un médico para un puesto de máxima responsabilidad, no se nombra al primer médico que llega. Existe toda una gama de internos, externos, asistentes, jefes de clínica, profesores auxiliares, etc., mientras en el caso concreto de los arquitectos, ¿cómo puede el Estado discernir entre los verdaderamente capacitados y los mediocres? Se puede hacer una selección basada en las referencias, pero este sistema da entrada libre a toda clase de equivocaciones, fáciles de cometer en una época donde el dinero y la intriga son los protagonistas principales.

No obstante, y pese a los errores y a las injusticias, hay que reconocer que los centros oficiales, los "Departamentos", las colectividades realizan un serio esfuerzo para seleccionar artistas con gusto, técnicos buenos, inteligentes, eficientes y con sentido de la organización. La injusticia repugna, y por eso se desea que las cosas se hagan mejor todavía. En nuestra profesión tan descuartizada y martirizada hay tal vitalidad, tantos esfuerzos insospechados, tanto heroísmo escondido, tantas miserias llevadas con dignidad que no se la puede tomar a la ligera. Debería haber un

quehacer para cada uno, adaptado a la capacidad, a las dotes y a la buena voluntad de cada individuo.

Solamente la protección de las viviendas que existen en las ciudades y en los campos constituye ya por sí una tarea inmensa que reclama una abnegación y un sentido cívico sin límites. El problema de alojamiento de nuestros ancianos, impedidos, desgraciados e indigentes reclama por sí solo soluciones urgentes en sus más diversos matices. A pesar de ciertos paliativos, la situación actual se mantiene anárquica, escandalosa, intolerable e inhumana. Y nadie mejor que el verdadero arquitecto para aportar soluciones efectivas.

La terrible frase de Van der Meersch sigue siendo válida:

“En Medicina, jamás nada valdrá tanto como el humilde hogar familiar..., el hogar malsano y dulce que hubiera sido necesario mejorar, pero que la caridad pública nunca debió pretender sustituirlo por barracones” (1).

¡Hubiera sido en efecto tan sencillo mejorar la suerte de los más desgraciados con un poco de dinero y mucha abnegación!

En medio de tal cantidad de acontecimientos, influencias, corrientes y tendencias que el individuo ya no alcanza a asimilar, surge una pregunta de interés para Francia y para toda la Humanidad: ¿cómo hallarán los arquitectos nuevamente su equilibrio, precisamente ahora que la evolución de las ideas parece preparar el advenimiento de una clase dirigente saturada de espíritu tecnocrático y profundamente despreciable? ¿Cómo reaccionar contra tantas teorías simplistas y peligrosas?

El conocimiento, la estima y la amistad de las nuevas clases dirigentes, cuya potencia es enorme, constituiría un primer eslabón hacia el encauzamiento. Por otra parte, parece que contamos con algunos amigos en el sector de la Prensa. Y ésta, por tradición, intuyendo los sentimientos de los lectores, nunca conmovidos ni satisfechos, actúa en un sentido que nos es favorable. Además, la masa necesita distracción, sin ella se aburre y quiere destruirlo todo. Por su fantasía, el arquitecto introduce sin cesar innovaciones en las viviendas, en los edificios públicos, en los comercios, en el aspecto general de la urbe, atrayendo con ello el interés de las multitudes por aquello que precisamente más les fascina: “lo nuevo”. Por último, el arquitecto puede, si así lo desea, mezclarse estrechamente con la masa del pueblo. Nosotros conocemos

mejor que nadie esos seres tan singulares que entre sí se llaman *mon homme* y *ma bourgeoise*. Estamos continuamente en contacto con ellos. En cuestión de viviendas, durante largo tiempo tópicos—núm. 1 en las elecciones—, podemos emitir una opinión. La experiencia y unos datos exactos y muy sencillos pueden echar por tierra “planificaciones” y “organizaciones espaciales”. ¡Cuán interesantes nos parecen los artículos de Roger Secrétain, alcalde de Orleans, aparecidos en *La République du Centre*, a raíz de las últimas Reuniones o Jornadas Mundiales de Urbanización. Oyéndonos a unos y a otros observa que “no hay una doctrina claramente definida todavía”.

Y sigue escribiendo: “Los reproches que se hacen a las soluciones actuales de los problemas urbanísticos, las mil controversias que suscitan pueden terminar por hacernos olvidar lo esencial, la raíz del mal, la causa real de los fallos que se acusan, la cual es simplemente la crisis tan desesperada que sufre la vivienda.

¿Habrán que esperar de verdad a que todas las investigaciones en el campo de la sociología de la vivienda hayan sido llevadas a buen fin? ¿Esperar a que se haya llegado a un acuerdo respecto a la fórmula ideal para la urbanización, que, por otra parte, está sujeta a modificaciones por causa de la moda y de la evolución de la técnica? ¿Esperar que la industria de la Construcción esté enteramente renovada, saneada y que construya mejor, más rápido y más barato? ¿Esperar a que una reforma administrativa ponga fin a los trámites que paralizan los trabajos? ¿Esperar a que la situación financiera sea tan próspera que el Gobierno se decida por fin dar alojamiento a los franceses que carecen de él o que se hallan en las mismas condiciones que si no lo tuvieran? Ya que si es inhumano alojar familias en viviendas malsanas bajo ciertos aspectos para el desarrollo de cada hombre, cada mujer o cada niño, ¿no es más inhumano todavía dejarles totalmente sin alojamiento?

Hay que convencerse de una cosa: solamente cuando dispongamos de un número suficiente de viviendas podrán ser tenidas en cuenta las observaciones de los sociólogos, efectuar los reagrupamientos deseables, ofrecer a cada uno la vivienda que necesita, en el ambiente más adecuado para él. Hasta entonces se seguirán cometiendo graves errores. Hasta entonces, el suscitar polémicas sobre el urbanismo es algo así como hablar de arte culinario a gentes que carecen de pan.”

“...Lo que hace falta es volver al equilibrio, dentro de la eficacia. La urbanización y, por consiguiente, la arquitectura, justifican las más altas ambiciones. La calidad de los monumentos retrata una civilización. Pero las medidas sociales urgentes son una

(1) Cuerpos y almas.

necesidad del siglo y la urbanización no dejaría de ser un debate académico si no predominase la fuerza realizadora. Hay que rechazar de plano las expansiones de las grandes ciudades en los suburbios, carentes de toda planificación urbana, los amontonamientos en los espacios libres, sin otra evasiva posible que los barracones. No cabe la menor duda que un barracón no define únicamente una construcción lúgubre, sino también la mentalidad de un mundo cerrado...”

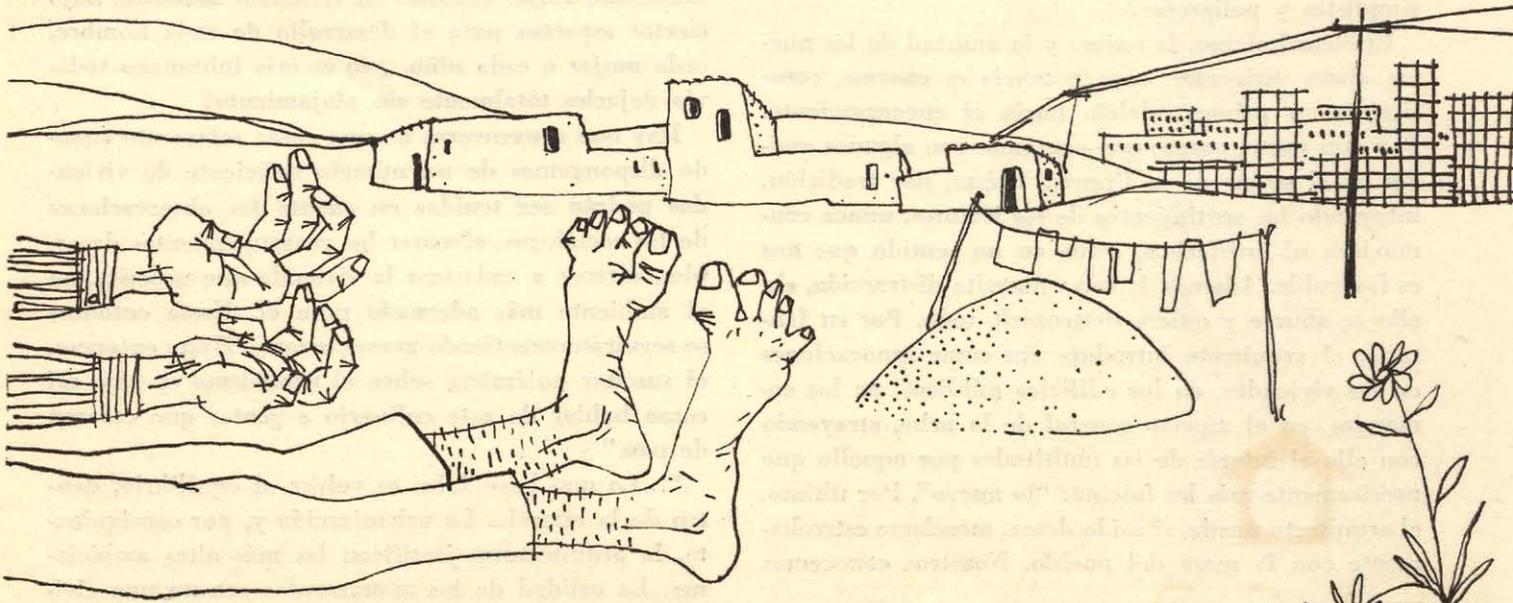
En resumen: “En primer lugar, hay que dar un techo a aquellos que no lo tienen.”

Los principales interesados, los “sin techo”, podrán decir: “¡Qué nos importan las sutilidades de los estetas! Darnos a la mayor brevedad posible algo, no importa el qué, sencillo, barato (por lo que a los alquileres se refiere) con algunos árboles alrededor. El resto no nos importa.”

Hacia este fin sencillo, correcto y económico habría que dirigir el esfuerzo en masa. Alemania ha realizado en este sentido cosas lógicas y muy buenas, sin querer buscarle cinco pies al gato. Desde hace quince años los suizos han hecho verdaderas maravillas en los suburbios de Zurich o de Winterthur. Y nadie ha tenido que recurrir a “cracks” fabulosos para construir esas casas de vecindad de dos o tres plantas y esas casitas para una sola familia rodeadas de un pequeño jardín. Basta con un mínimo de gusto, sencillez y un conocimiento profundo de la vida modesta de los trabajadores.

¡Además de esto la realidad es tan cautivadora! De cuando en cuando las asistentas sociales del departamento del Seine y del Seine-Oise solicitan que un

sociólogo o un especialista en Higiene les dé una charla en el Aula Magna del Conservatorio de Artes y Oficios. Ultimamente se solicitó de mí que fuese a hablar de las “Viviendas existentes” (por qué precisamente yo antes que otro cualquiera?). Una experiencia muy curiosa para alguien que como yo gusta del aislamiento, el encontrarse en las gradas del Coliseo solo frente a doscientas mujeres admirables, de todas las edades, de todos los ambientes, de todas las opiniones, hermanas religiosas de bellos y célebres hábitos, todas santas, viviendo en fábricas, hospitales, barriadas populosas, en medio de toda la aflicción. Era maravilloso hablar tan directamente a este auditorio competente, tenso, electrizado, apasionado. ¡Qué papel podrán desempeñar los arquitectos si se mezclasen un poco en la vida real y sobre todo el día de mañana, cuando la Humanidad, so pena de perecer, acoja con los brazos abiertos la miseria del mundo entero! ¡Qué poco pesarán entonces frente a la dura realidad los *slogans* fuera de lugar, las teorías sofisticadas, los contrasentidos! Seguramente en esa sociedad del mañana, violenta y difícilmente gobernable, habrá una tarea maravillosa para la juventud de hoy. Por el momento vivimos en un período de falsa tranquilidad, de gozo y de autosatisfacción. Pero mañana será la era de los hombres fuertes que considerarán a la Arquitectura y a la Urbanización como elementos primordiales de la vida social, partiendo del alma del pueblo o pueblos. Pero ¿quién se preocupa de este alma de los pueblos, dádiva principal del Destino? Desde este aspecto nuevo y fundamental el espíritu de los jóvenes, sobre todo los “jóvenes arquitectos”, deberá influir en la opinión pública. ¡Qué gran misión!



d. herández